

tristísimo argumento, fuerza es confesarlo, en cuanto á algunos de los individuos cuya expulsión se reclamaba (1).

Pero el primer cónsul no se daba por vencido. «Después de luego, decía, el consejo que me dan ustedes de despreciar la licencia de la prensa sería excelente, cuando se tratara de que despreciase yo por mi parte la licencia de la prensa francesa en Francia. Muy bien comprendo que uno en su propio país se dedica á soportar los inconvenientes de la libertad de escribir en trueque de los beneficios que reporta; esta cuestión es puramente interna, y cada nación es juez de lo que le conviene ó no hacer. Pero no debe tolerarse jamás que la prensa diaria injurie á los gobiernos extranjeros y altere de este modo las relaciones de Estado á Estado. Sería éste un grave abuso, un peligro sin compensación. Prueba de semejante peligro son las relaciones actuales de la Francia con la Inglaterra. Sin los diarios estaríamos en paz, y ahora casi nos declaramos la guerra. Por lo tanto, vuestra legislación sobre la prensa es viciosa. Deberíais ser tolerantes contra vuestro propio gobierno, pero de ningún modo contra los gobiernos extraños. Sin embargo, yo prescindo de las injurias de las gacetas inglesas y respecto vuestras leyes aun en su parte ofensiva á las demás naciones, pues lo considero como un inconveniente de vecindad al cual me resigno; pero á esos franceses que hacen en Londres un uso tan odioso de vuestras instituciones escribiendo semejantes indignidades, ¿por qué los toleráis en Inglaterra? Si tenéis un *alien-bill* que tiene precisamente por objeto el impedir á los extranjeros hacer daño, ¿por qué no se le aplicáis? Y Jorge y sus sicarios, todos ellos cómplices convictos de la máquina infernal, y los obispos de Arrás y de Saint-Pol-de-León que fomentan tan públicamente la sedición entre los pueblos de la Bretaña, ¿por qué os negáis á expulsarlos? ¿Qué es en vuestras manos el tratado de Amiéns que estipula expresamente que no se tolerará ninguna conspiración que se trame en cualquiera de los dos Estados contra el otro? Dais asilo á los príncipes emigrados, lo cual sin duda alguna merece respeto; pero estando en Varsovia el jefe de su familia, ¿por qué no los mandáis á todos con él? Y sobre todo, ¿por qué les permitís llevar distintivos que las leyes francesas ya no reconocen y que son ocasión de graves conflictos cuando se ostentan al lado del embajador de Francia, en su presencia y muchas veces en una misma mesa? Me pedís, añadía, un tratado de comercio y de relaciones más íntimas entre los dos países; empezad por mostraros menos malévolos con la Francia, y entonces podré yo ver si hay medios de conciliar nuestros intereses opuestos.»

Nada en verdad había que censurar en tales raciocinios, á no ser la debilidad del hombre grande que dominando á la Europa se tomaba el trabajo de hacerlos. ¿Qué se le daba en efecto al poderoso vencedor de

(1) Tenemos á la vista una nota de lord Hawkesbury del 28 de agosto de 1802 que nos induce á creer que el ministerio inglés no contestó con vanos subterfugios, sino con sólidas razones, á la reclamación del primer cónsul sobre el empleo del *alien-bill* contra los príncipes emigrados, recordándole muy oportunamente la conducta que había observado la Francia con respecto á la Inglaterra protegiendo en tiempo de paz á Jacobo II y á los Estuardos.

(N. del T.)

Marengo, de Jorge, Peltier y del conde de Artois con todos sus regios oropeles? Del puñal de los asesinos le defendía su fortuna; de los ultrajes de los folletistas defendía su gloria; de la legitimidad de los Borbones le salvaba el amor de la Francia; pero no hay corazón grande que no tenga su pequeña debilidad, ¡y un hombre sublimado á tanta altura vivía inquieto por los que á su lado eran tan pequeños! Ya en otra ocasión deploramos este error suyo, y no podemos menos de deplorarlo nuevamente al acercarnos á la época de las funestas consecuencias que produjo.

Ya el primer cónsul no era dueño de sí mismo, y se vengaba con respuestas que insertaba en el *Monitor*, escritas muy á menudo por él mismo, y cuyo origen revelaba fácilmente el incomparable vigor de su estilo. Quejábanse en ellas de los miramientos que el ministerio británico guardaba al conspirador Jorge y al difamador Peltier. Preguntaba por qué se toleraba á semejantes hombres, por qué se les permitían semejantes actos contra un gobierno amigo cuando había tratados que obligaban y una ley existente que facilitaba el modo de reprimirlos. Y no se limitaba á esto, sino que, dirigiéndose al mismo gobierno inglés, preguntaba en los artículos insertos en el *Monitor* si este gobierno aprobaba, si quería esas odiosas sugerencias y esas diatribas infames puesto que las toleraba, ó si reprobándolas era demasiado débil para estorbarlas. De donde se deducía que no había gobierno donde no se sabía reprimir la calumnia, precaver el asesinato y proteger finalmente el orden social europeo (2).

Quejábanse entonces á su vez el ministerio inglés. «Esos diarios cuyo lenguaje os ofende, decía, no son oficiales; no podemos reponer de ellos; pero el *Monitor* es el órgano reconocido del gobierno francés, y fácil es por otra parte descubrir en su mismo lenguaje la fuente de sus inspiraciones. Diariamente recibimos de él injurias; nosotros también y con más fundamento pedimos satisfacción de ellas.»

A esto se reducían las tristes recriminaciones que durante muchos meses llenaron las notas de los dos gobiernos; pero sobrevinieron de repente acontecimientos más graves que suministraron á sus disposiciones irascibles otro objeto, más peligroso en verdad, pero al menos más digno (3).

(2) Ni se limitaba á reclamar como Mr. Thiers supone, sino que también urdía sus tramas en el Reino Unido para derribar al gobierno que le regía.

Ya fuese para estar bien informado, ya también para disponer una insurrección, envió agentes franceses á todos los puntos importantes de la Gran Bretaña; unos con el título de cónsules, otro como meros comerciantes, secretamente encargados de asuntos de la policía consular; los ingenieros estudiaban las circunstancias más minuciosas de cada puerto, y tenemos á la vista una carta secreta de Mr. de Talleyrand dando muy prolifas instrucciones á cierto agente llamado Mr. Fauvelet para que se enterase bien á fondo de la capacidad del puerto de Dublín, su profundidad, etc.

(N. del T.)

(3) Calla Mr. Thiers que el primer cónsul apuró por su parte todos los medios de la venganza, antes de apartar su atención de aquel asunto. Obstinado en perseguir á Peltier, que causaba graves daños á su prestigio con las armas del ridículo que tan hábilmente manejaba, hizo entablar contra él una formal demanda; el libelista fué citado ante el tribunal criminal, y fué llamado el jurado á decidir. Se encargó de la defensa de Peltier el célebre abogado Mackintosh, y la vista de la causa fué una verdadera ovación para el acusado y para toda la aristocracia inglesa que

la Suiza, libre del yugo del oligárquico Reding, cayó otra vez bajo el del landamán Dólder, el caudillo del partido de la revolución moderada. La retirada de las tropas francesas era una concesión que se había hecho á este partido para popularizarlo y una prueba de la impaciencia que tenía el primer cónsul por verse libre de los negocios suizos. Sin embargo, no recogió el fruto de sus excelentes intenciones. Casi todos los cantones habían adoptado la nueva Constitución y acogido á los encargados de ponerla en vigor; pero en los pequeños cantones de Schwitz, Uri, Unterwalden, Appenzell, Glaris y tierra de los Grisones, el espíritu de sedición propagado por Reding y sus amigos insurreccionó en breve la población de las montañas. Los oligárquicos, lisonjeándose de triunfar por medio de la fuerza, reunieron así que salieron las tropas francesas á aquellos pobladores en las iglesias y les hicieron desear la Constitución propuesta. Hicieronles creer que Milán estaba sitiado por un ejército austro-ruso, y que la república francesa estaba tan cerca de su ruina como en 1799. Aunque les hicieron desear la Constitución, no pudieron, sin embargo, impelerlos á la guerra civil. Los pequeños cantones se limitaron á enviar diputados á Berna para declarar al ministro de Francia, Verninac, que no era su intento derribar al nuevo gobierno, aunque querían separarse de la confederación helvética, constituirse aparte en sus montañas y volver á su régimen particular, que era la democracia pura. Hasta solicitaban el poder arreglar sus nuevas relaciones con el gobierno central establecido en Berna, bajo los auspicios de la Francia. El ministro Verninac no pudo menos de negarse naturalmente á tales comunicaciones, y declarar que no reconocía más gobierno helvético que el que residía en Berna.

Entre los Grisones ocurrían escenas tumultuosas que revelaban más que nada las influencias que á la sazón agitaban á Suiza. En medio del valle del Rhin superior que cultivan los montañeses grisones, estaba situado el señorío de Bazuns, perteneciente al emperador de Austria. Debía el emperador á este señorío su calidad de miembro de las ligas grises y una acción directa en la formación de su imperio. Él era el que elegía el ammán del país entre tres candidatos que se le presentaban. Desde que los grisones fueron reunidos por la Francia á la confederación helvética, el emperador, que quedaba propietario de Bazuns, hacía gobernar sus dominios por medio de un intendente. Este intendente se había puesto á la cabeza de los grisones sublevados, y había tomado parte en todas las reuniones en que habían declarado separarse de la confederación para volver al orden de cosas antiguo. Había recibido y aceptado la misión de llevar sus votos á los pies del emperador y con ellos la súplica de tomarlos bajo su protección.

No podía en verdad indicarse más claramente qué

había acudido con ansia á aquel ruidoso juicio. Peltier fué condenado á una multa, pero la pagó inmediatamente por subscripción el partido tory. ¡Esta fué la satisfacción que obtuvo Bonaparte! ¿Quién podrá disculparle de haber cometido en aquella ocasión una gran torpeza? Bien lo prueba además el resultado que consiguió; porque desde entonces se desencadenó la prensa satírica con mayor furia, y el gran político quedó reducido ante la opinión pública á la mezquina dimensión de un *denunciador de libelos*.

(N. del T.)

partido se deseaba tomar por arrimo en Europa. A toda esta agitación de ánimos se agregaba algo más grave aún. Tomábanse las armas, aprestábanse los fusiles dejados por los austriacos y los rusos en la última guerra, ofrecíanse y dábanse diez y ocho sueldos diarios á los antiguos soldados de los regimientos suizos expulsados de Francia y aun se les restituían sus mismos oficiales. Los pobres habitantes de las montañas, creyendo sencillamente que su religión y su independencia estaban amenazadas, acudían en tumulto á engrosar las filas de aquella tropa insurgente. Los oligárquicos suizos acudados repartían con abundancia el dinero que adelantaban sobre los millones depositados en Londres, realizables en breve si se conseguía el triunfo. El landamán Reding fué declarado jefe de la liga, y aquellos nuevos mártires de la independencia helvética invocaban los recuerdos de Morat y de Sempach (1).

Es difícil comprender tamaña imprudencia mientras el ejército francés ceñía por todas partes las fronteras suizas. Pero se les había hecho creer que el primer cónsul tenía las manos atadas, que habían intervenido las potencias y que no le sería posible hacer volver á la Suiza un solo regimiento sin exponerse á una guerra general, amenaza que ciertamente no arrostraría para sostener al landamán Dólder y á sus colegas.

Sin embargo, á pesar de tanta agitación, los pobres montañeses de Uri, Schwitz y Untervalden, que eran los más comprometidos en aquella triste aventura, no se prestaban tanto como hubieran deseado sus caudillos, y declararon que no querían salir de sus cantones. El gobierno helvético tenía á su disposición de cuatro á cinco mil hombres, de los cuales mil ó mil doscientos custodiaban á Berna, algunos cientos andaban diseminados en diversas guarniciones y tres mil en el cantón de Lucerna, sobre el límite de Unterwalden; estos últimos, destinados á observar la insurrección. Había una tropa de insurgentes apostada en el pueblo de Hergyswill. Rompióse en breve el fuego de fusilería y resultaron algunos muertos y heridos por ambas partes. Mientras se verificaba este encuentro en la frontera de Unterwalden, el general Andermatt, que mandaba las tropas del gobierno, quiso situar unas cuantas compañías de infantería en la ciudad de Zurich para guardar el arsenal y evitar que cayera en poder de los oligárquicos; pero se opuso el paisanaje aristócrata de Zurich, y cerró sus puertas á los soldados del general Andermatt. En vano disparó éste algunas granadas contra la ciudad; respondieronle que se entregarían á las llamas antes que rendirse y antes que abandonar á Zurich á los opresores de la independencia helvética. Al mismo tiempo en la Argovia y en el Oberland los partidarios de la antigua aristocracia de Berna andaban agitados hasta el punto de hacer temer un levantamiento. En el cantón de Vaud cundía el grito acostumbrado de reunión con la Francia, y no sabía el gobierno suizo cómo

(1) Ciudades de la Suiza, de Friburgo la primera y de Lucerna la segunda, ilustres por las victorias alcanzadas por los suizos contra los borgoñones capitaneados por Carlos el Temerario en 1476 y contra los austriacos en 1336.

El célebre osario de Morat, formado con los huesos de los soldados de Carlos, fué destruido por los franceses en 1798; hoy se ve en su lugar un obelisco de piedra erigido en 1822.

(N. del T.)



salir de situación tan peligrosa. Combatió á viva fuerza por los oligárquicos, no contaba para su defensa ni con los patriotas ardientes que querían la unidad absoluta, ni con las masas pacíficas que, aunque asaz propensas á la revolución, no conocían de ella más que los horrores de la guerra y los vejámenes de las tropas extrañas. Ahora podía conocer lo que valía una popularidad adquirida con la retirada de las tropas francesas.

En semejante aprieto convino en una tregua con los insurgentes, se dirigió después al primer cónsul, y solicitó con ahinco la intervención de la Francia; intervención que los insurgentes pedían también por su lado en el hecho de querer que sus relaciones con el gobierno central quedasen arregladas bajo los auspicios del ministro Verninac. Al saberse en París la demanda de intervención, se arrepintió el primer cónsul de haber cedido con demasiada facilidad á las ideas del partido Dólder y á su propio deseo de acabar con los negocios suizos, lo cual le había movido á retirar prematuramente las tropas francesas. Volverlas á internar ahora, á vista de la Inglaterra malévolá que se quejaba de nuestra acción demasiado manifiesta sobre los Estados del continente, era un acto de gravedad suma. Fuera de esto, aún no estaba instruido de todo lo que ocurría en Suiza; no sabía hasta qué punto habían descubierto sus verdaderos designios los promovedores del movimiento de los pequeños cantones, apareciendo lo que realmente eran, agentes de la contrarrevolución europea y aliados del Austria y de la Inglaterra. Esto le movía á rehusar la intervención universalmente pedida, cuya consecuencia inevitable hubiera sido la vuelta de las tropas francesas á Suiza y la ocupación militar de un Estado independiente garantizado por la Europa.

Esta respuesta puso en consternación al gobierno helvético. No se sabía qué hacer en Berna mientras por un lado amagaba un próximo rompimiento del armisticio, y por el otro la insurrección de los campesinos del Oberland. Propusieron algunos individuos del gobierno sacrificar al landamán Dólder, cabeza de los moderados, y detestado por esta razón, así por los patriotas unitarios como por los oligárquicos. Unos y otros ofrecían apaciguarse con esta condición. Buscaron, pues, al ciudadano Dólder, obraron con él una especie de violencia, y le arrancaron una dimisión que tuvo la debilidad de dar. El senado, más enérgico, se negó á aceptar esta dimisión, pero el ciudadano Dólder persistió en ella; recurrióse entonces al medio ordinario de las asambleas que no saben qué resolución tomar, y se nombró una comisión extraordinaria para que propusiera el modo de salir del apuro. Pero en aquel momento quedaba rota la tregua, los insurgentes marchaban sobre Berna y obligaban al general Andermatt á replegarse á su paso. La tropa insurgente se componía de unos mil quinientos ó dos mil aldeanos que llevaban crucifijos y carabinas, precedidos por los soldados de los regimientos suizos que estaban antiguamente al servicio de Francia, vieja reliquia del 10 de agosto. Presentáronse en breve á las puertas de Berna, y dispararon algunos cañonazos con unas malas piezas que llevaban consigo. La municipalidad de Berna, so pretexto de salvar la ciudad, intervino y negoció una capitulación. Convino en que para no exponer á Berna á los horrores de un asalto se retiraría el gobierno al país de Vaud con las tropas del

general Andermatt. Ejecutóse inmediatamente esta capitulación, y el gobierno se trasladó á Lausana, adonde le acompañó el ministro de Francia. Sus tropas, reconcentradas desde que abandonó el país á los insurgentes, se hallaban en Payern en número de cuatro mil hombres medianamente dispuestos, alentados por los preparativos que se advertían en el país de Vaud, pero incapaces de reconquistar á Berna.

Establecióse al punto en esta ciudad el partido oligárquico, y para hacer las cosas por completo restableció al primer magistrado que funcionaba en 1798 en la época misma en que se verificó la primera revolución. Era este magistrado Mr. de Mulinen; nada faltaba, pues, para la contrarrevolución, ni la esencia, ni la forma; y á no ser por las locas ilusiones de los partidos y por los rumores ridículos esparcidos en Suiza sobre la supuesta impotencia del gobierno francés, no se comprendería una tentativa tan extravagante.

Sin embargo, habiendo llegado las cosas á este punto, ya no era posible contar con la paciencia del primer cónsul. Los dos gobiernos que residían en Lausana y en Berna acababan de enviarle comisionados, el uno suplicándole que interviniese, el otro solicitando de él que nada hiciera. El enviado del gobierno oligárquico era un individuo de la misma familia de Mulinen; llevaba encargo de renovar las promesas de buen comportamiento de que tan pródigo se había mostrado Reding y que tan mal había cumplido, y de tener al mismo tiempo un abocamiento con los embajadores de todas las potencias en París con objeto de poner á la Suiza bajo su protección especial.

Todas las súplicas eran ya inútiles con el primer cónsul, el cual no podía titubear al entrever una contrarrevolución flagrante que tenía por objeto entregar los Alpes á los enemigos de la Francia. No quiso recibir al agente del gobierno oligárquico, y contestó á los que se habían encargado de servirle de medianeros llevando por él la palabra, que su resolución estaba ya tomada. «Desde ahora, les dijo, ceso de permanecer neutral é inactivo; he querido respetar la independencia de la Suiza y contemporizar con los escrúpulos de la Europa; he llevado los míos hasta un verdadero yerro, cual fué la retirada de las tropas francesas; pero basta de condescendencia con intereses contrarios á la Francia. Mientras sólo vi en Suiza conflictos cuyo resultado podía ser el hacer á un partido más fuerte que á otro, pude entregarla á sí misma; pero hoy que se trata de una contrarrevolución patente, consumada por soldados que sirvieron en otro tiempo á los Borbones y que después han sido mercenarios de la Inglaterra, no puedo permanecer obcecado. Si esos insurgentes se propusieran engañarme, deberían proceder con más disimulo y no poner á la cabeza de sus columnas soldados del regimiento de Bachmann. No toleraré la contrarrevolución en parte alguna, así en Suiza, en Italia y en Holanda, como en la misma Francia. No seré yo quien entregue á esos mil quinientos mercenarios vendidos á la Inglaterra los FORMIDABLES BASTIONES DE LOS ALPES, de que no pudo la coalición europea arrojar á nuestros exhaustos soldados en dos campañas. Se me habla de la voluntad del pueblo suizo; la voluntad de doscientas familias aristocráticas no es para mí la voluntad del pueblo, y aprecio demasiado á esa valiente

raza para creer que consienta semejante yugo. Pero aun fuera de esto, hay otra cosa que mueve más mi ánimo que la voluntad del pueblo suizo, y es la seguridad de cuarenta millones de almas confiadas á mi mando. Voy á declararme mediador de la confederación helvética, y á darle una constitución fundada en la igualdad de los derechos y en la naturaleza de su suelo. Para asegurar el cumplimiento de mis intenciones benéficas treinta mil hombres ocuparán la frontera; pero si contra mis esperanzas no lograra asegurar la tranquilidad de un pueblo digno de toda solicitud, y al cual me propongo hacer todo el bien que merece, reuniré á la Francia toda la parte que por su suelo y sus costumbres se asemeja al Franco Condado, reuniré lo restante con los montañeses de los pequeños cantones á quienes restituiré el mismo régimen que tenían en el siglo XIV, y los dejaré independientes. Mi principio está ya fijo: ó será la Suiza amiga de la Francia, ó dejará de haber Suiza.»

Prescribió el primer cónsul á Mr. de Talleyrand que hiciese salir de París en el término de doce horas al enviado de Berna, manifestándole que ya no podía servir á sus comitentes sino en la misma Berna, aconsejándoles separarse al punto si no querían ver la Suiza invadida por un ejército francés. Redactó de su propio puño una proclama dirigida al pueblo helvético, breve y enérgica, concebida en estos términos:

«Habitantes de la Helvecia: hace dos años que ofrecéis á la Europa un espectáculo lastimoso. Fracciones opuestas se han apoderado sucesivamente del poder, y han dejado la huella de su pasajero dominio en un sistema de parcialidad que revela su debilidad y su impericia.

»En el transcurso del año x deseó vuestro gobierno que se retirase el escaso número de tropas francesas que había en Helvecia. El gobierno francés aprovechó gustoso esta ocasión de tributar homenaje á vuestra independencia; pero al punto se agitaron con nuevo furor vuestros diferentes partidos, y la sangre suiza corrió á impulso del hierro fratricida.

»Habéis disputado tres años sin entenderos. Si se os abandona por más tiempo á vosotros mismos, otros tres años os estaréis matando sin que lleguéis á poneros de acuerdo. Vuestra historia por otra parte atestigua que las guerras intestinas de vuestro suelo jamás han podido terminar sino por la intervención amistosa de la Francia.

»Verdad es que había yo decidido no entrometerme para nada en vuestros asuntos; vi constantemente á vuestros diversos gobiernos pedirme consejos y no seguirlos, y aun á veces abusar de mi nombre según sus intereses y sus pasiones. Pero no puedo ni debo permanecer insensible á las desgracias de que sois presa, y cambio de resolución. Yo seré el mediador entre vosotros, pero mi mediación será eficaz como cumple al gran pueblo en cuyo nombre os hablo.»

A este noble preámbulo acompañaban varias disposiciones imperativas. A los cinco días de la notificación de esta proclama, el gobierno refugiado en Lausana debía trasladarse á Berna, el gobierno insurgente debía disolverse, y toda hueste armada, á excepción del ejército del general Andermatt, debía dispersarse, entregando sus armas los soldados de los antiguos regimientos suizos en los concejos respectivos. Por último, todos

los que habían ejercido cargos en los tres años últimos, á cualquier partido que perteneciesen, quedaban invitados á pasar á París para conferenciar con el primer cónsul sobre los medios de poner término á las turbulencias de su patria (1).

Encargó el primer cónsul á su edecán, el coronel Rapp, que se trasladase inmediatamente á Suiza para entregar su proclama á todas las autoridades legales é insurgentes, pasando primero á Lausana y luego á Berna, Zurich, Lucerna y á cualquier otro punto que ofreciera resistencia que vencer. El coronel Rapp debía además ponerse de acuerdo sobre los movimientos de las tropas con el general Ney encargado de mandarlas. Se habían expedido ya órdenes para que estas tropas emprendieran su marcha; reuniáse en Ginebra un primer cuerpo de siete á ocho mil hombres procedentes del Valais, de Saboya y de los departamentos del Ródano; en Pontarlier se reunían seis mil hombres, y otros tantos en Huninga y Basilea; en la república italiana se formaba otra división de igual fuerza con objeto de penetrar en Suiza por las baillías italianas. El general Ney debía esperar en Ginebra noticias del coronel Rapp, y al primer aviso de éste entrar en el país de Vaud con la columna formada en Ginebra, unirse al paso con la que hubiera penetrado por Pontarlier, y marchar sobre Berna con doce ó quince mil hombres. Las tropas procedentes de Basilea tenían orden de agregarse en los pequeños cantones al destacamento que entraba por las baillías italianas.

Tomadas estas disposiciones con prontitud extraordinaria, puesto que en el término de cuarenta y ocho horas se formó la resolución, se redactó la proclama, se comunicó la orden de ponerse en marcha á todos los cuerpos y salió el coronel Rapp para Suiza; esperó el primer cónsul con tranquila audacia el efecto que produciría en Europa una resolución tan atrevida y que, agregada á sus hechos anteriores en Italia y en Alemania, iba á dar todavía mayor realce á un poder que ya á todos causaba enojos. Pero cualesquiera que fuesen las consecuencias, sin excluir la misma guerra, su resolución era un acto de previsión profunda, puesto que se trataba de substraer los Alpes á la coalición europea. La energía, sirviendo de auxiliar á la prudencia, es uno de los más grandes espectáculos que puede ofrecer la política.

El agente de la oligarquía bernesa enviado á París, al verse tan ásperamente recibido, no dejó de dirigirse á los embajadores de las cortes de Austria, Rusia, Prusia é Inglaterra. Ni el mismo Mr. de Markoff, que declamaba diariamente contra la conducta de la Francia en Europa, se atrevió á responder. Todos los demás representantes de las potencias enmudecieron, excepto el ministro de Inglaterra Mr. Merry, el cual después de haberse puesto en relación con el enviado de Berna, despachó inmediatamente un correo participando á su

(1) Esta alocución del primer cónsul, en cuyo estilo desapasionadamente examinado hallamos nosotros más hinchazón teatral que nobleza, terminaba así:

«No hay hombre sensato que no reconozca que la mediación á que yo me obligo es para la Helvecia un señalado beneficio de esa Providencia que, en medio de tantos choques y trastornos, siempre vela por la existencia y por la independencia de vuestra nación, y que esta mediación es el único medio que os queda para salvar una y otra.» (N. del T.)